

DIA DIEZ Y OCHO.

San Lúcas, Evangelista.

San Lúcas Evangelista, á quien San Pablo llama algunas veces *Lucius*, como á Silas *Silvanus*, para acomodar esos nombres originales al genio del latin, era originario de Antioquía, en Siria, ciudad célebre por lo agradable de su situacion, por la riqueza de su comercio y por su amor á las ciencias y las artes. Allí se dedicó en su juventud á la literatura, y se dice que perfeccionó los conocimientos que habia adquirido en diversos viages por la Grecia y el Egipto. Sus escritos nos dan á conocer que poseia con perfeccion la lengua de aquel pais, y desde luego se advierte que su estilo es mas pulido y elocuente que el de los demas escritores canónicos de su tiempo. Antes de su conversion estaba dedicado á la medicina, en que era muy hábil, segun afirma San Gerónimo, y es de creerse que la caridad lo obligara despues á seguirla ejerciendo, puesto que no era incompatible con las funciones del ministerio apostólico. En tiempos muy posteriores se afirmó que habia sido tambien pintor, fundados en que un autor del siglo VI dijo que de Jerusalem se habia enviado á la emperatriz Pulqueria un cuadro de la Santísima Virgen, que se decia pintado por el Santo Evangelista; pero en los escritores antiguos no se encuentra nada que pueda favorecer esta opinion.

San Epifanio y muchos autores modernos creen que San Lúcas fué discípulo de Jesucristo, uno de los setenta y dos que lo siguieron; pero los mas antiguos como San Ireneo, Tertuliano y otros dicen solamente que lo fué de los Apóstoles, especialmente de San Pablo, de quien San Gerónimo le llama hijo espiritual; y en efecto, aunque habiese conversado con los demas y cuidado de aprovecharse de sus discursos y ejemplos, su union con éste que lo amaba tiernamente, fué inseparable; así es que San Juan Crisóstomo la considera como la prueba mas grande de su virtud. No se sabe precisamente cuándo comenzó á seguirlo: vemos solamente que pasó con él de Troade á Macedonia en el primer viage que hizo el Apóstol á la Grecia por el año 51 despues de haberse separado de San Bernabé; y segun todas las apariencias no lo dejó desde este tiempo hasta su última prision en Roma, ó sus ausencias fueron muy cortas y probablemente para ir á los lugares á donde lo enviaba

Estuvo con él algunos dias en Filipo de Macedonia; mas no nos dice lo que hizo allí, ni lo que pasó en seguida hasta que San Pablo volvió, seis años despues, de Grecia á Jerusalem.

En este intervalo fué cuando escribió el Evangelio de su nombre. Los mas de los Apóstoles vivian aún y eran otros tantos testigos de las verdades que éste contenia, porque no lo compuso sino por las noticias que habia adquirido de ellos y de otros que habian seguido á Jesucristo desde el principio de su predicacion, como el mismo Evangelista lo testifica en su prefacio. Despues de la composicion de esta obra, volvió á la Asia y á la Siria con San Pablo, á quien acompañó tambien á Jerusalem, á Galacia, á la Frigia y á Efeso, de donde pasados algunos dias volvieron á Macedonia, porque hay toda apariencia de que el compañero que en este último lugar dió el Apóstol á Tito, y de quien habla tan ventajosamente á los corintios, no es otro que San Lúcas. Les dice que las Iglesias se lo habian asociado para que lo acompañase en sus viages y recogiese con él las limosnas de los fieles, como él mismo lo habia deseado, para tener un testigo intachable de su desinteres.

San Pablo se reunió poco despues con Tito y Lúcas en Corinto, desde donde escribió á los romanos, á quienes les hace una recomendacion de nuestro Santo, bajo el nombre de *Lucius* su pariente. Pasado algun tiempo, partieron juntos para la Asia, y pasaron por Macedonia. Cuando desembarcaron en Cesarea de Palestina, San Lúcas fué del número de los que pretendian disuadir al Apóstol del viage á Jerusalem por la prediccion del Profeta Agab, de que seria preso y entregado á los gentiles; mas viéndolo determinado á ir allá, fué con él, lo acompañó á una visita que hizo á Santiago, que habia sido hecho obispo de Jerusalem; y si no pudo participar de sus sufrimientos y de su prision en Cesarea á donde se le condujo, no se apartó de él ni lo perdió de vista durante los dos años que estuvo allí. Se embarcó con él para Roma, donde debia ser juzgado por la apelacion que interpuso ante el emperador. Llegaron allá á fines del invierno del año 61, y San Lúcas permaneció á su lado para asistirlo durante todo el tiempo de la prision.

Al fin de ésta, y cuando ambos se hallaban aun en Roma, emprendió San Lúcas la composicion de los Hechos Apostólicos. San Gerónimo nos hace advertir, que si el Evangelio lo compuso por lo que habia sabido de otros, esta segunda obra la escribió por lo que habia visto él mismo. No es una historia completa de las acciones

de los Apóstoles; sino que refiere de ellas, de sus virtudes y milagros lo suficiente para edificar á los fieles: se detiene principalmente en describir lo que mira á San Pablo, porque, como se vé por lo expuesto, vivió mucho tiempo con él y estuvo mas al alcance de sus hechos; pero su narracion es sencilla, y no dá á las cosas otro colorido ni otro adorno que el que la verdad le suministra de su propio fondo. Lleva la historia hasta el segundo año de la permanencia del Apóstol en Roma. Como le sobrevivió muchos años, y en el curso de una larga vida empleada toda en el servicio de la Iglesia, no pudo dejar de tener mucha parte en lo que sucedió despues, es de presumirse que hubiera continuado su obra si se lo hubiesen permitido sus ocupaciones ú otros motivos que ignoramos.

No se sabe casi nada de lo que el Evangelista hizo despues de la muerte de San Pablo. San Epifanio dice que se encargó de anunciar á Jesucristo en la Italia, en las Galias, en la Dalmacia y en Macedonia. Los griegos de la edad media aseguran que predicó en el Egipto, la Tebaida y la Libia. Mas sin inquirir los lugares particulares que se aprovecharon de sus trabajos corporales, puede considerarse que todos los de la cristiandad están iluminados con la luz de la fé, por su Evangelio y sus Hechos Apostólicos. Se cree que murió en la Acaya, y se asegura que llegó á una grande ancianidad; pues se lee en el elogio que San Gerónimo hace de él entre los escritores ilustres de la Iglesia, que vivió ochenta y cuatro años.

La Epístola es del capítulo VIII de la segunda del Apóstol San Pablo á los corintios.

Hermanos: Doy gracias á Dios que ha inspirado en el corazon de Tito este mismo celo mio por vosotros; pues no solamente se ha movido por mis ruegos, sino que habiéndose movido aun mas por su voluntad hácia vosotros, partió espontáneamente para ir á veros. Os hemos tambien enviado con él al hermano nuestro, que se ha hecho célebre en todas las Iglesias por el Evangelio; y el cual, ademas de esto, ha sido escogido por las Iglesias para acompañarnos en nuestros viages, y tomar parte en el cuidado que tenemos de procurar este socorro por la gloria del Señor y para mostrar nuestra pronta voluntad. Con lo que tiramos á evitar que ninguno nos pueda vituperar con motivo de la administracion de este caudal; pues atendemos á portarnos bien, no solo delante de Dios, sino tambien delante de los hombres. Enviamos asimismo con estos á otro her-

mano nuestro, á quien hemos experimentado lleno de celo en muchas ocasiones, y que ahora lo está aun mas en la presente, y tengo gran confianza de que le recibireis bien; lo mismo que á Tito mi socio y coadjutor entre vosotros, y á los demas hermanos los Apóstoles de las Iglesias, y la gloria de Cristo. Dadles, pues, á vista de las Iglesias pruebas de vuestra caridad, y de la razon que tenemos de gloriarnos acerca de vosotros.

El Evangelio es del capítulo X de San Lucas.

En aquel tiempo: Eligió el Señor otros setenta y dos, y los envió delante de él de dos en dos por todas las ciudades y lugares á donde debia ir él mismo, y les decia: La mies á la verdad es mucha; mas los trabajadores pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe operarios á su hacienda. Id vosotros: He aquí que yo os envío como corderos entre lobos. No lleveis bolsillo, ni alforja, ni zapatos, ni os pareis á saludar á nadie en el camino. Al entrar en cualquiera casa, decid ante todas cosas: La paz sea en esta casa: que si en ella hubiere algun hijo de la paz, descansará vuestra paz sobre él; donde no, volveráse á vosotros. Permaneced, pues, en la misma casa comiendo y bebiendo de lo que tengan; pues el que trabaja merece su recompensa. No andeis de casa en casa, y en cualquier ciudad que entráreis, y os hospedaren, comed lo que os pusieren delante; y curad los enfermos que en ella hubiere, y decidles: El reino de Dios está cerca de vosotros.

MEDITACION.

Sobre la vocacion al estado religioso.

Considera que siendo, como es, una empresa tan ardua la del estado religioso, no debe abrazarse sin vocacion de Dios. Su Magestad, que es el árbitro de los destinos de los hombres, se digna llamar á éstos al estado de vida en que es su voluntad le sirvan, buscando el fin para que fueron criados: á esta vocacion liga los auxilios de gracia con que tiene dispuesto socorrerlos para su digno y acertado desempeño, y el orden todo de su providencia, que dispone los sucesos de la vida para el buen éxito de la empresa en la consecucion del último fin. Justísima es esta disposicion de Dios, pues que como Señor y dueño absoluto de todas sus criaturas, usa de su dominio para emplearlas en lo que es de su agrado,

y conforme al altísimo consejo de su sabiduría. Es por consiguiente de la mayor importancia aplicarse á conocer la vocacion de Dios, porque es de igual peligro negarse á su llamado ó introducirse en el estado sin esta vocacion; y tanto, que se arriesga la salvacion eterna, poniéndose el hombre á su notorio peligro de perderla. Mas si tanto riesgo hay para cualquier estado y género de vida, mayor sin duda es el que se presenta en la eleccion del estado religioso, por ser un estado de perfeccion en que se contraen obligaciones de mucha gravedad, y que pide un gran fondo de virtud y auxilios muy poderosos de la gracia para su digno desempeño; tanto mas, cuanto que las faltas que en él pueden cometerse son muy trascendentales por el mal ejemplo, el escándalo, y todo género de influjo que pueden tener en los males que afecten á la comunidad.

Considera que lo comun y ordinario en la vocacion al estado religioso es ser esta poco clara ó manifiesta, pues se dan pocas en que los datos de que la inferimos sean luminosos y no dejen lugar á alguna duda. A primera vista parece esto extraño, y se hace desagradable y congojoso; mas si ponemos la vista en las miras de Dios, encontraremos en ello un altísimo consejo de su sabiduría, pues con esta conducta nos obliga á poner de nuestra parte dos medios importantísimos para el acierto en la eleccion de estado; el uno desprender nuestro corazon de todo apego é inclinacion tenaz ó caprichosa, para que de la imparcialidad é indiferencia parta nuestra resolucion, regida solo de las luces de la razon y del consejo de personas prudentes que meditan el negocio para conocer en lo posible la voluntad divina, haciendo asimismo por sí y exigiendo de la persona interesada el medio poderoso de la oracion para alcanzar el acierto en la resolucion. La otra mira es obligarnos á consultar lo que nos dicta la prudencia, que es una virtud divina por cuyas reglas y preceptos explica el Señor muchas veces su voluntad santísima; mas como para conocer nosotros lo que nos dicta la prudencia, entendiendo debidamente los datos que nos ministra, necesitamos siempre el auxilio divino, se nos hace tambien indispensable para la posicion de este medio, consultarlo con Dios en la oracion, con la debida pureza de conciencia, pues mal espera el favor de Dios aquel que no quita de delante de sus divinos ojos el mal abominable de la culpa que lo ofende y provoca. Tal se conoce ser la intencion de Dios en no descubrir con signos manifiestos y patentes la eleccion que hace de sus criaturas; mas esto no las priva del

acierto en su estado, siempre que debidamente pongan los medios que acabamos de insinuar y procuren en sí las disposiciones indicadas.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Oh Dios, cuya sabiduría jamas yerra ni se engaña en sus disposiciones! concededme el acierto en la eleccion del estado que me convenga; ó de los medios con que deba corregir y enmendar los yerros cometidos en mi eleccion pasada; y en todos mis negocios y para todas mis empresas iluminad mi mente y dadle rectitud á mi corazon, para que en todo busque vuestro agrado y cumpla vuestras disposiciones soberanas.

JACULATORIA.

Traeme, Señor, en pos de tí.

LECCION.

Sobre los efectos que produce el Bautismo.

Entramos en el mundo, y al momento comenzamos á experimentar los efectos de la gran misericordia del Altísimo: nacemos manchados con el pecado original, sin derecho alguno á la bienaventuranza; pero Dios nos tiene preparado un baño de agua saludable en que purificarnos para hacernos hijos suyos y herederos del cielo. ¿Mas solo este efecto produce en nosotros el Bautismo? No, sino otros muchos que veremos en la presente leccion. En primer lugar, perdona el pecado original con que todos nacemos, heredado de nuestro comun padre Adan: perdona tambien los demas cometidos personalmente ántes de él, por enormes que sean. Hay mas: que no solo perdona toda suerte de pecados, sino tambien la pena toda que les era debida, esto es, todos los castigos que debiamos sufrir, tanto en este como en el otro mundo, para satisfacer de algun modo á la justicia divina; así es que todo, todo, sin excepcion, se perdona por este sacramento. Ya no hay pena, ya no hay condenacion, ya no hay infierno para los que están unidos á Jesucristo por el Bautismo; *pues ahora nada de condenacion tienen los que están en Jesucristo*, dice S. Pablo. Si la gracia es la que ocupa el corazon del bautizado, éste ya no anda en tinieblas, sino en luz: su vida será perfecta, su origen está reparado, y ha recibido de Dios el mayor de sus dones. Aquellas misteriosas palabras: *Yo te bautizo*, y aquellas pocas

gotas de agua que cada día se derraman sobre la cabeza de los párvulos, son el mayor favor que hemos recibido de la mano del Altísimo: ellas son el principio y fundamento de nuestra predestinacion, el origen fecundo de nuestra felicidad eterna; verdades son estas que nos atestigua el mismo Jesucristo por boca de su Apóstol Pedro. Sí, dice este príncipe, Dios nos ha hecho por Jesucristo una grande y preciosa gracia, que nos hace participantes de la naturaleza divina. ¿Se dará mayor favor? Por la gracia del Bautismo nos hacemos hijos adoptivos del Padre. San Pablo, escribiendo á los romanos, les dice: *Cristianos, vosotros no habeis recibido un espíritu de servidumbre y de temor como los judíos; sino un espíritu de amor y de adopcion, que nos dá el poder de decir á Dios con toda confianza y seguridad: Padre nuestro.* Dios tiene la dignacion de ser nuestro Padre, y nosotros el honor de ser sus hijos. Esta es nuestra cualidad, éste nuestro sér, ésta nuestra dignidad desde el momento que fuimos cristianos. El mismo Apóstol á los de Efeso, dice: *¿Sabéis vosotros, hermanos míos, cuáles fueron los decretos de Dios, y lo que por nosotros ha hecho desde la eternidad? Nos escogió y nos predestinó por un puro efecto de su voluntad, y nos hizo sus hijos adoptivos en Jesucristo, de suerte que así como el Verbo divino es Hijo de Dios por naturaleza, así lo somos nosotros por la gracia de adopcion y eleccion enteramente gratuita de su misericordia.* ¿Se puede comprender semejante favor? Ya no es de extrañar que San Juan exclame con términos tan enérgicos: *Cristianos, abrid los ojos, dilatad vuestros corazones: concebid si podeis el amor que nos tuvo el Padre Eterno; pues no solo quiso que nos llamásemos sus hijos, sino que lo fuésemos en efecto.* Si únicamente nos hubiera permitido llamarle Padre, nos hubiéramos honrado infinitamente mas de lo que podíamos merecer; pero se extiende á mas su favor; no se contenta con que le llamemos Padre, sino que en efecto quiere serlo; no solo quiere tengamos ese honor, sino que recibamos dentro de nosotros mismos el ser sobrenatural de hijos suyos en la gracia, y con ella sus bienes y su gloria.

En verdad esta paternidad no es visible ni sensible á nuestros ojos: con todo, excede á toda paternidad humana. El padre de quien hemos recibido la vida como padre carnal, no es tan perfectamente ni con tanta realidad nuestro padre, como lo es Dios por la gracia del Bautismo; pues como dice San Pablo, la paternidad divina es la

idea y el modelo de todas las paternidades de la tierra: *del que toda paternidad toma el nombre en los cielos y en la tierra.* No obstante todo esto y mas que hay que decir, no hay cualidad y condecoracion del hombre en la sociedad del mundo que ménos se estime, que mas se desprecie que la del cristiano. Se disputa furiosamente, como punto de honor, cualquiera ridícula preferencia entre sus conciudadanos; pero se abandona sin cuidado la gloria de ser hijo de Dios, y casi no hay quien quiera honrarse con ella: á fé que los primeros cristianos preferian ésta á la de las mayores dignidades del mundo. Impávidos se presentaban á los tiranos, y preguntados por su nombre, por su estado y profesion, se contentaban con decir: Somos cristianos, y lo decian todo. Pero nosotros, ¿qué es lo que hacemos? Despreciar un nombre tan augusto, para tomar unos títulos pomposos de honor, que nada tienen de solidez y realidad, sino en la imaginacion de las cabezas llenas de viento. Salgamos de nuestro error y entendamos que la mayor nobleza que hay en el mundo es la de ser hijos de Dios: ántes debemos sacrificar todas las cosas, que perder esta primera prerogativa que nos dá la gracia del Bautismo.

Cualquiera que tenga algunos conocimientos de la antigüedad, advertirá, como nota San Agustin en su libro de la ciudad de Dios, que los hombres grandes del paganismo tenian el mayor empeño en hacerse descender de los llamados dioses; idea ciertamente falsa, extravagante y desordenada; pero con todo, les acarrea grandes provechos, pues que llenos de estas ideas tan ostentosas como quiméricas, emprendian con valor grandes hazañas, y las ejecutaban tan fácilmente, cuanto creian infalible su logro. Y bien, ¿qué se infiere de aquí para nuestra confusion? Esto: si la creencia de una dignidad fingida, imaginaria y fantástica, hacia tan fuertes impresiones y se fijaba tan poderosamente en el espíritu de los grandes hombres de la gentilidad, ¿qué sentimientos generosos, qué elevados pensamientos, qué acciones tan heróicas no deberá inspirar en un cristiano la firme persuasion de esta verdad inefable de nuestra fé? Sí, yo soy hijo de Dios por mi Bautismo: por esta dignidad yo tengo derecho á entrar en posesion del reino de Dios. ¿Habeis sido bautizados? decia San Cipriano á los neófitos ó nuevos cristianos. ¿Teneis el honor de llevar impreso el carácter de Jesucristo? Pues tened gran cuidado de apreciar esta nueva vida. Cuando nacemos al mundo ya venimos hijos de ira, destinados á

los suplicios eternos; pero por el Bautismo recibimos una nueva vida y adquirimos el derecho de mirar al cielo como herencia que nos pertenece. Esta vida nueva, esta gracia nos une á Dios por la fé, por la esperanza y por la caridad. Ella se nos dá por Jesucristo; en él, Dios nos adopta por hijos; por lo mismo ya somos herederos de su reino, y coherederos de su Hijo Jesucristo nuestro Señor, de quien nos constituimos miembros suyos. Dos cuerpos se distinguen en Jesucristo, un cuerpo natural y un cuerpo místico; el cuerpo natural es el que tomó en las entrañas purísimas de María Santísima, que fué formado por obra del Espíritu Santo, que en otro tiempo fué pasible y mortal, y ahora glorioso é inmortal; que es adorado en el cielo por los ángeles, querubines y santos, y sin dejar de estar allá, lo es acá en la tierra en nuestros altares por nosotros los hombres. El cuerpo místico de Jesucristo vida nuestra, es su Iglesia, pues el Bautismo nos hace tambien hijos de ella; porque nos pone en el catálogo de los fieles, nos dá derecho á los otros sacramentos, y nos hace participantes de las demas gracias que disfruta por su cabeza Jesucristo; cabeza en quien reside y de que fluyen todas las que se nos comunican. Ella inspiró é inspira en nuestros dias la castidad á las vírgenes; ella dá el celo á los Apóstoles; comunica la ciencia á los doctores; enciende en el amor á la verdad á los confesores, al silencio y al retiro á los solitarios; hace amable la mortificacion á los penitentes, é inflama, por último, la caridad de los cristianos. Pues á esta cabeza estamos unidos por el Bautismo. ¡Pero que union tan estrecha!

—•••••

DIA DIEZ Y NUEVE.

San Pedro de Alcántara, confesor.

El espíritu de penitencia y el don de contemplacion con que fué dotado por Dios San Pedro de Alcántara, lo han colocado entre los santos mas célebres de la Iglesia. Nació en Alcántara, pequeña poblacion de Estremadura, en el año de 1499; y su padre Alonso Garabito, jurisperito y gobernador de aquel pueblo, conociendo las bellas disposiciones que tenia Pedro para la carrera literaria, lo puso á que estudiara gramática y filosofía, y ántes de que acabara esta facultad, tuvo la desagradable noticia de la muerte de su padre; pero esta desgracia no embarazó que la concluyera y continuara en

Salamanca el estudio de los cánones. Iluminado por la divina gracia desde que tuvo razon, cada dia aumentaba su devocion y se ejercitaba en obras de misericordia. Sabia distribuir sus horas en la asistencia de las iglesias y á los hospitales, sin descuidar la de su cátedra. Dos años llevaba de estar en Salamanca cuando comenzó á pensar seriamente sobre el estado que le convendria tomar, y en el que serviria á Dios con mas perfeccion. Por una parte el mundo le brindaba con una carrera brillante y llena de delicias y placeres en la continuacion del estudio de la jurisprudencia, que le abria el paso á los empleos civiles que le atraerian el aplauso y las lisonjas de los hombres, y por la otra lo llamaba la soledad y el retiro de un claustro donde serviria á Dios con mas perfeccion, y estaria lejos de los riesgos á que espone la sociedad con sus placeres. Meditó muy detenidamente sobre la vida monástica, y se sintió movido de una fuerte vocacion, que como auxilio eficaz de la gracia divina no podia resistir.

Tomó el hábito religioso á los diez y seis años de su edad en el convento de franciscanos de Manjarrez, que está en las montañas que dividen á Castilla de Portugal, y desde entonces comenzó á luchar con sus enemigos interiores y á procurar vencer todas sus inclinaciones para purificar su alma de toda idea mundana. Para este intento practicó grandes humillaciones, ayunaba diariamente y estaba en vigilia la mayor parte de la noche. Así pasó todo el año de noviciado; y despues de haber hecho los votos que lo unian mas estrechamente con Dios, aumentó sus mortificaciones y penitencias, y parecia que su corazón estaba muerto para el mundo. Tuvo á su cuidado la sacristia del convento, luego la portería, y despues fué dispensero, cuyos humildes oficios procuraba desempeñar con exactitud y profunda obediencia. Despues de haber contenido sus inclinaciones, venció sus sentidos en tal grado, que jamas levantaba su vista del suelo, y no daba razon de su convento. Era tanta la enagenacion en que vivia y su poca curiosidad, que cuatro años estuvo en un convento, jamas vió un árbol corpulento que estaba en la puerta, ni conoció á sus hermanos los religiosos mas que por la voz; en otro monasterio en que vivió tres años. Por mucho tiempo no tuvo otro alimento que pan mojado en agua y yerbas sin sazón alguno, á las que solia añadir algunas veces salsa compuesta de sal y vinagre; pero esto solo era en los dias de grande festividad. Dormía en un cuero puesto en el suelo, y eso despues de haber estado